

Historia de la Unidad Popular

Volumen I

Tiempos de preparación:
de los orígenes al 3 de septiembre de 1970

Jorge Magasich Airola



Índice

Agradecimientos	7
Introducción	9
La Democracia Cristiana y la elección de Frei	15
La Iglesia evoluciona hacia la reforma social	15
El cristianismo social en Chile	20
Los orígenes de la Democracia Cristiana	22
Roger Vekemans: la «marginalidad» y la «promoción popular»	26
La CEPAL: el desarrollismo	36
El programa de la DC en 1964	38
Frei, una figura continental alternativa a Fidel Castro	40
Las «ayudas» italianas a Frei	42
La «ayuda» estadounidense	45
El partido de Frei	47
El fin del gobierno de Alessandri y la elección de 1964	49
La Iglesia y la elección	52
El Naranjazo: fin del tiempo histórico de la vieja derecha	53
La campaña y la diabolización del comunismo	55
Los efectos de los dineros foráneos	60
El primer trienio de Frei	61
La aplicación del programa	63
La Reforma Agraria	65

La matanza de El Salvador	70
La «chilenización» del cobre (1966)	73
Relaciones internacionales: hacia la integración latinoamericana	80
El Plan Camelot y el modelo de simulación política: se estudia la opción militar	81
Segundo trienio: la DC vota por «la vía no capitalista de desarrollo», mientras Frei teme un golpe	87
Frei teme un golpe y derechiza su gobierno	88
Fisuras en el PDC: oficialistas, rebeldes y terceristas	90
La DC opta por la «vía no capitalista» y elige una directiva de izquierda	92
Las reformas universitarias	94
La reforma en las universidades católicas	96
La Universidad Técnica Federico Santa María	103
La Universidad de Chile	106
La Universidad de Concepción	113
En la Universidad Técnica del Estado	114
Aborto y contracepción	114
Debates en la Iglesia: seminarios, bikinis y la «Iglesia Joven» ocupa la catedral	116
La cuestión sindical: derecho a huelga y ahorro obligatorio	120
Frei retoma el control de su partido	124
El Gobierno vira a la derecha	129
La DC vota por el camino propio; renuncian los rebeldes	132
Matanza en Puerto Montt	132
La Junta Nacional de la ruptura	134
La «nacionalización pactada»	138
Tomic candidato	145
El Informe Rockefeller y el Consenso de Viña del Mar	146

La reforma constitucional de 1969	152
Crecimiento estancado	154
Reorganización de la derecha y los proyectos golpistas	157
La reorganización de la derecha, mirando hacia los cuarteles	160
El presupuesto de Defensa y los sueldos de los uniformados	163
Una vieja corriente de militares golpistas	165
Manifestaciones de descontento de los militares «nacionalistas»	169
El arresto de la Directiva del Partido Nacional	171
Nacionalismo militar: del malestar al golpismo	172
El Tacnazo	179
Prosiguen los intentos de golpe	186
Huelga de magistrados y «justicia de clase»	189
El conato de Horacio Gamboa	190
La resistencia a la Reforma Agraria	193
Hernán Mery: un mártir democratacristiano	195
Perspectivas de Alessandri	198
La construcción del proyecto de la izquierda	201
Hitos históricos	202
El Frente Popular y la Alianza Democrática	205
El socialismo entre colaboracionismo y anticonformismo	210
El comunismo: neutralidad, antifascismo y proscripción en tiempos de Guerra Fría	213
El errático segundo gobierno de Ibáñez	215
Tiempos de recomposición; enero de 1953: la CUT	216
Tiempos de recomposición; marzo 1956: el FRAP	219
Tiempos de recomposición; julio de 1957: la reunificación socialista	221

Tiempos de recomposición; septiembre de 1957: Allende candidato del FRAP	222
Tiempos de recomposición; agosto de 1958: derogación de la «ley maldita»	222
En resumen	223
La elección de 1958	224
La izquierda: un desarrollo sostenido	225
¿Es posible que la izquierda gane la elección y permanezca en el gobierno?	227
La fascinante Revolución Cubana	228
La Tricontinental y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS)	231
Un arte comprometido con las luchas sociales	238
Resonancias de la Nueva Canción	239
Un «Nuevo Cine» en las pantallas	244
Nuevo teatro, ballet, y boom literario	250
Santiago, «sede» de la Teoría de la Dependencia	254
Sindicatos, huelgas y «tomas»	259
Los partidos de izquierda	264
El PC: por una alianza con radicales y sectores de la DC	264
El PS: limitar el frente a los partidos obreros	266
La USOPO se escinde del PS	267
El PS: desafuero de Carlos Altamirano y el Congreso de Chillán	268
El MIR: el guevarismo en Chile	276
El Partido Radical vira a la izquierda	282
La elección presidencial de 1970	285
Panorama de 1970	286

Paisaje mediático	289
La prensa de derecha	290
La prensa próxima a la Unidad Popular	292
Los programas de gobierno	294
Radomiro Tomic: hacia una «sociedad comunitaria»	294
Jorge Alessandri: «progreso y seguridad»	295
El programa de la Unidad Popular: «iniciar la construcción del socialismo»	297
¿Coincidencias entre los programas de la DC y de la UP?	303
La designación del candidato	303
Una campaña inmersa en intensas luchas sociales	305
Los debates en la televisión	313
La Iglesia católica: estricta prescindencia	314
¿Cómo se financian?	315
Propaganda negra o campaña del terror	317
La «doctrina Schneider»: las Fuerzas Armadas no son alternativa de poder	322
La concepción del «gambito»	325
El acuerdo entre los comandos de Tomic y el de Allende	330
Las encuestas	330
Cierre de campaña	332
Primeras conclusiones	337
Bibliografía	341

Introducción

¿Qué aporta el conocimiento del proceso histórico que condujo al intenso trienio 1970-1973, es decir al Gobierno de la Unidad Popular y más ampliamente a la revolución chilena?

En primer lugar, destacan las realizaciones. El «Gobierno popular» termina con el arcaico latifundio, echando las bases para la modernización de la agricultura; nacionaliza la gran minería del cobre, el salitre y el hierro, creando ingresos fundamentales para la nación; organiza un vasto sector social de la economía, incluyendo a casi toda la banca (sin escándalos de corrupción); extiende la educación; construye 158 mil viviendas; introduce nuevas tecnologías vanguardistas; organiza la distribución de medio litro de leche cotidiano a todos los menores de 15 años; y aumenta considerablemente los ingresos de los desheredados. En esos años excepcionales, un clima particularmente creador incentiva el desarrollo de la música, el cine y las letras, gracias a la promoción de filmes, piezas de teatro, ballet y libros que llegan a los barrios populares a precios muy democráticos.

La historia de América Latina del siglo XX no registra transformaciones de tal magnitud en tan poco tiempo: ni el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, padre de la primera reforma agraria y de la nacionalización del petróleo; ni Jacobo Arbenz en Guatemala, ni la Revolución Boliviana de 1952, ni João Goulart en Brasil, ni el propio Fidel Castro, hicieron tanto en tres años.

Otra característica crucial del trienio es la irrupción de «los de abajo», que pugnan por incidir sobre el curso de la historia, característica esencial y común a las revoluciones. Los humildes resienten la fascinante sensación de forjar destinos, muchos de ellos por vez primera.

Más que antes, los que solían resignarse a su modesta posición social levantan cabeza, haciendo sentir que existen y cuentan. La mayoría de ellos ha hecho suyo el proyecto de nueva sociedad, encarnado en el programa de reformas socialistas, presente desde fines de los años 1950. «La atmósfera revolucionaria es especial y distinta; en ella la política es vivida en plena historicidad», constata Tomás Moulian.

El clima de transformaciones en curso cambia el trato a los obreros, a las criadas, incluso a los campesinos; la transgresión de las jerarquías es parte de la cotidianidad¹. Además, las ocupaciones de fábricas, fundos y terrenos, que el Gobierno por lo general no reprime, optando por la persuasión, subvierten profundamente el orden basado en la propiedad.

El protagonismo adquirido por los humildes es fundamental para comprender el período. Su apoyo al Gobierno, incluso durante las dificultades económicas del segundo y tercer año, no se explica sólo por los progresos materiales que algo mejoran la vida. Esto cuenta, por supuesto. Pero es posible que cuente aún más sentirse un actor que incide sobre la historia. Por eso, el trienio tendrá, para los desheredados, ribetes de una intensa y alegre «fiesta popular».

La bailarina inglesa Joan Turner, instalada en Chile desde los años 1950, observa cómo la fuerte disminución de la cesantía permite a muchas mujeres modestas trabajar en las empresas nacionalizadas, equipadas de guarderías y casinos. Convertirse en sirvientas ya no es la única posibilidad.

Recuerda a Rosita, a quien conoce a fines de los años 1960 como lavandera para vecinos de Las Condes. De unos 40 años, pero los pocos dientes que le quedan la hacen aparentar más. Debía tomar dos buses para llegar ahí, con un niño pisándole los talones, mientras los mayores vagaban en una población en San Miguel con calles de tierra y un grifo cada diez chozas de madera, con la delincuencia como probable destino, ya que el padre está cesante y algo alcoholizado. Una historia frecuente.

Joan pierde de vista a Rosita un tiempo, hasta reencontrarla en 1972 para organizar una actuación del Ballet Popular. No ha ocurrido ningún milagro, pero Rosita ha cambiado. Vive en el mismo barrio, donde están instalando desagües y agua potable; la casa parece más limpia y en mejor estado. Está implicada en las organizaciones del sector, convencida de que está contribuyendo al bienestar de la comunidad y de su familia. Cuando ve a Joan, la llama *Compañera Juanita*, y no *Señora* como antes, y esta vez no hablan de camisas y sábanas, sino de cursos de danza en el barrio, «señal de una confianza en sí misma recién encontrada»².

En cambio, en buena parte de los sectores acomodados y medios, que viven los tres años afectados por temores y angustias traumatizantes, existe por supuesto la percepción opuesta. De ahí la radicalidad de la oposición. Este tercer elemento se manifiesta con fuerza desde fines de 1971, cuando se desata la inflación seguida por

¹ Moulian, 1998, 53.

² Jara, 2001, 298-299 (Joan es la mujer de Víctor Jara).

la escasez de mercaderías, largas colas para adquirirlas y la aparición del mercado negro. Las corrientes conservadoras, persuadidas de que el gobierno lleva al país al totalitarismo, mutan de una oposición dura a la insurrección. Su prensa, mayoritaria, adquiere un tono virulento, organizan huelgas generales, boicots, atentados terroristas, para paralizar el país y hacer caer al gobierno: «un mayo de 1968 a la inversa», observa Armand Mattelart en el documental *La Espiral*. Pero la derecha sola no es suficiente. La derechización del Partido Demócrata Cristiano será decisiva. La derecha y la DC están conectadas con sectores sociales que, profundamente perturbados por las reformas, las penurias económicas y por la nueva posición social de «los de abajo», claman porque alguien «restablezca el orden».

Pero la principal especificidad de aquella experiencia es probablemente la Vía Chilena. Hasta entonces las revoluciones sociales del siglo XX han alcanzado el poder desplazando por la fuerza los antiguos regímenes. En Chile, el bloque de izquierda considera –con dudas y reticencias– que las conquistas democráticas han creado un espacio legal, limitado pero real, que permitiría alcanzar el gobierno y poner en marcha las transformaciones socialistas en el marco de la legalidad.

Este intento de superar pobreza y atraso a través de una ordenación socialista de la sociedad, manteniendo y acrecentando las conquistas democráticas, proporciona al Gobierno Popular una singularidad que lo coloca en posición de proyectarse como referencia a los futuros intentos de construir sociedades solidarias. En este punto difiere de los otros socialismos del siglo XX, donde, en otros contextos históricos, los derechos democráticos permanecen limitados, igual que la participación de los trabajadores en la toma de decisiones.

El proyecto de socialismo pluralista ejerce una influencia considerable. Llega a Chile un torrente de latinoamericanos, y de otros extranjeros, a observar la experiencia en curso y, a veces, a participar en ella. El investigador estadounidense Mark Falcoff constata que las expectativas intelectuales son enormes, a tal punto que a partir de 1970 se escribieron más libros sobre Chile, en varias lenguas, que en los ciento cincuenta años precedentes³.

Un ejemplo elocuente son los comentarios de las personalidades italianas del mundo intelectual católico que visitan el país en marzo de 1971, en el marco de la *Operación Verdad*, como Giorgio La Pira, ex alcalde de Florencia y promotor del diálogo interreligioso; Marcela Glisenti, especialista en África; David Maria Turolfo, sacerdote y escritor; y Corrado Corghi, intelectual humanista. Ninguno de ellos marxista.

³ Beigel, 2011, 131.

Durante la cena ofrecida por Salvador Allende le comunican la visión que se han formado de Chile:

Presidente, si usted demuestra en Chile que es posible un segundo camino al socialismo, que es posible la simbiosis de valores cristianos e instituciones socialistas, el próximo país que avanzará por esta vía será Italia. Y, a poco andar, otros en América Latina. Y más tarde, en una o dos generaciones, la mitad del mundo⁴.

En Latinoamérica la experiencia es seguida atentamente: en Argentina, donde se retiran los militares y se prepara el retorno de Perón; en Uruguay, marcado por la emergencia del Frente Amplio, similar a la Unidad Popular; y en Perú cuando el general Velasco intenta reformas comparables, a veces, a las chilenas. También la estudian en Europa: en Italia, mientras se perfilan acuerdos entre el importante Partido Comunista, con socialistas y sectores democristianos. La observan desde España, donde reflexionan sobre la sociedad que ha de sustituir al franquismo. Y también en Francia, durante la elección presidencial de 1974, en la que François Mitterrand, candidato de la *Union de la Gauche*, está a sólo 0,8% de ganar la presidencia. Él visitó Chile en 1971 para estudiar las realizaciones y los problemas del Gobierno de la UP.

Nos proponemos intentar restituir este proceso histórico comenzando por describir los hechos—es indispensable recordar lo acontecido—, y relacionándolos entre ellos, para comprender por qué las cosas sucedieron así.

Este proyecto tiene, por supuesto, una historia enraizada en las luchas sociales y en décadas de conquistas sociales y democráticas. Con posibilidades de gobernar desde 1958, la izquierda chilena aparece en la historia vinculada a la emergencia del movimiento obrero a principios del siglo XX. Los partidos Comunista y Socialista ejercen una influencia considerable desde su nacimiento, en 1921 y en 1933. En 1939 llegan por primera vez al gobierno con el Frente Popular, aunque como socios menores, en una coalición con hegemonía radical. Después de la ilegalización del PC y la división del PS, la izquierda inicia un proceso de reconstrucción los años 1950, con el nacimiento de la CUT, la formación del FRAP, la reunificación socialista, y la derogación de la «ley maldita». En esos años se gesta el programa histórico de la izquierda que, en líneas generales, será similar en 1958, 1964 y 1970, alimentado por los aportes de la Teoría de la Dependencia y de la Revolución Cubana.

⁴ Tomic, 1977.

La perspectiva de llegar a la presidencia de la República plantea a la izquierda un interrogante mayor: ¿los detentores del poder admitirán la victoria y la existencia de un gobierno revolucionario? No se conocen, en efecto, ejemplos de revoluciones pacíficas, pero sí hay, en cambio, muchos procesos sociales ahogados en la sangre. Empero, Chile de los años sesenta podría ser la excepción. Por algo la izquierda se ha desarrollado en el marco de instituciones democráticas, endeble sin duda, pero resultado de luchas sociales. La concreción de la Unidad Popular en 1969 aparece como la coronación de un pujante movimiento social que incluye nuevos actores, como los pobladores, campesinos, y parte de los sectores medios, y una entusiasta corriente artística que creará una estética propia al período.

Sin embargo, el desarrollo sostenido de la izquierda interactúa con dos procesos sociales cruciales, cuyo estudio nos parece indispensable para comprender el trienio. La Democracia Cristiana, que emerge también los años 1950 como alternativa a la izquierda –y a la derecha– con un programa de reformas bien cavilado, resumido en el slogan *Revolución en Libertad*. Con ella el país será, por primera vez, un laboratorio donde se busca concretar un proyecto político de desarrollo social destinado a ser un modelo. Es fuertemente alentado por el Presidente estadounidense John Kennedy, por el «partido hermano» italiano en el poder desde 1946, y por una buena parte de la Iglesia, que buscan una «alternativa al comunismo». En esa sintonía, muchos dirigentes DC consideran que las reformas son, sobre todo, necesarias para evitar que los pobres se hagan comunistas. La DC y la izquierda serán rara vez aliados y a menudo contrincantes, con ferocidad.

El otro proceso son las mutaciones de la derecha. Después de un marcado descenso electoral entre 1960 y 1965, consigue reconstituirse reconvertida en nacionalista. A diferencia de los viejos liberales y conservadores, los nuevos «nacionales» miran hacia los cuarteles con insistencia creciente y empalman con corrientes militares, también nacionalistas.

La presentación de estos dos sectores es abordada en las dos primeras partes de este volumen.

Consideramos que los historiadores «objetivos» no existen. Lo que debe existir es un esfuerzo honesto por consultar fuentes diversas, verificarlas y compararlas, para reconstituir los procesos históricos de manera razonada.

Sería un sinsentido ocultar los posicionamientos del autor en la época que, por supuesto, el lector no tiene por qué compartir. Tuvo de 18 a 20 años durante el trienio y participó en los acontecimientos en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, donde militó hasta julio de 1974. La posición de testigo de la época no lo exime,

en ningún caso, de basar este trabajo en fuentes sometidas a la crítica histórica. La memoria es un órgano que adapta los recuerdos personales. Optamos por no utilizarlos, salvo raras excepciones en las que el lector será informado.

Gracias por leernos.